





EL ETERNO TENORIO

Cada cosa en su tiempo, dice el adagio, y unas veces porque se impone la naturaleza y otras porque se impone la costumbre tiene que ser en su tiempo cada cosa. No sirve darle vueltas.

Y así como la primavera da comienzo con las lilas y las verbenas, el invierno empieza con los bufuelos de viento y el *Tenorio*.

Sobre todo en Madrid, que es, sin disputa, el pueblo de la rutina, sino fuese por el *Tenorio* y los bufuelos de viento, seguirían, los hombres, sin chaleco y con sombrero de paja, y las mujeres, con abanico y traje de batista, aunque hubiese descendido la temperatura á 15 bajo cero.

Los madrileños somos rutinarios hasta la *sociedad*, como dice una pensionista que yo conozco. Por esa razón en cuanto llegan los Santos, ya se sabe: es imprescindible ponerse la ropa de abrigo aunque haga calor; comer bufuelos de viento aunque sean fiados y ver *Don Juan Tenorio* aunque no se pague al casero.

Y no quiere esto decir que todo el que ve el hermoso drama del inmortal Zorrilla sepa apreciar las bellezas de la obra. No: ni mucho menos. La generalidad del público no llega á comprender la encantadora poesía que hay en los versos de nuestro gran poeta.

Pero eso no importa; á la gente le gusta *Don Juan Tenorio*, y va á verle, porque se entusiasma con las calaveradas de aquel hidalgo que, gracias á su poca vergüenza, tomaba á beneficio de inventario la religión, la familia, el honor, el derecho, la justicia y otra porción de cosas.

La prueba es que se representa en casi todos los teatros de España durante esta época, y todos cuentan por llenos las representaciones á pesar de que en la mayoría lo hacen que mejor fuera no verlo.

La otra noche fui á visitar á un tal don Homobono Piltrafilla, un pobre señor que lleva seis ó siete meses enfermo, y me decían sus niñas, dos señoritas que parecen dos fustas por lo *sacudidas* de carnes.

—Y qué: ¿se divierte usted mucho?

—Regular.

—Habrá visto usted *Don Juan Tenorio*, —me preguntó una de ellas.

—Sí: he estado una noche en la Comedia.

—En la Comedia le harán muy bien, —dijo la otra.

—Ya lo creo, —contesté yo.

Y agregó la madre:

—Pues nosotras, este año, ni le hemos visto ni pensamos verle. Estamos *disgustadísimas* desde que tiene Homobono esa *afición* cardíaca.

—¡Ab! Pero ¿es una *afición* cardíaca lo que tiene don Homobono?

—Sí, señor; y al corazón nada menos. Conque ya ve usted; para *Tenorios* estamos nosotras.

—Se comprende, señora, se comprende. ¿Qué han de estar ustedes para *Tenorios*? Ni para *Chutis*, pensaba yo para mis adentros.

—¡Cuanto nos gusta á nosotras esa función!—dijo la pequeña.

—La escena que más me conmueve,—continuó la mayor,—es la en que don Juan roba á doña Inés del convento.

—Pues hija, á mí me gusta más la escena del sofá, cuando la dice aquello de

*Oye: ¿no es verdad, ángel de amor
que aquí, en esta *separada* orilla,
más *pálida* la luna brilla
y se respira *muchísimo* mejor?*

—Pero ¿ve usted,—prorrumpió la madre llena de satisfacción,—como se la queda á esta chica en la cabeza todo lo que oye en el teatro?

—Ya lo veo, ya,—contesté, elogiando á la muchacha y despidiéndome de las de Pítrafilia.

Volví á mi casa, y apenas me había puesto á cenar, cuando me dice la criada:

—Señorita: ahí está Froilán, el tendero de comestibles, que viene á darle á usted un recado.

—¡El tendero! ¿Qué me querrá á mí el tendero? Bueno; dile que pase,—la contesté.

Pasó Froilán al comedor, y después de saludarme le hice tomar asiento y me dijo:

—Pues yo venía *al respetivo* del *Tenorio*.

—No le entiendo á usted.

—Na, que me ha dicho la Emeteria (Emeteria es mi criada) que usted tiene un ejemplar de esa

obra, y como entre yo y otros la vamos á echar en el Salón Zorrilla, quisiera que me hiciese usted el favor del libro *pa* copiar mi papel.

—No hay inconveniente. ¿Y qué papel va usted á desempeñar?

—El de don Juan; á no ser que *haga* dispuesto otra cosa el *dire* tor de escena que es el señor Simón el colchonero.

—¿Y usted se atreve á hacer de don Juan?

—*Pa* chasco. ¡Así que soy yo poco *desahogao*! Ese papel se le dió el señor Simón á Petronilo, el chico de la taberna de enfrente; pero la que hace de doña Inés quiere que lo haga yo, porque como Petronilo es una miaja patizambo, teme que en la escena del *rato* del convento, cuando la saca en brazos, la deje de caer y la rompa la crisma. Además, que un *Don Juan Tenorio* cojeando parece que no está propio.

—Tiene usted razón.

—Ya le enviaré á usted unas *entrás* *pa* usted y *pa* su familia.

—Muchas gracias.



Le di el ejemplar y el hombre se fué tan satisfecho.

El domingo pasado recibí las localidades, y como hay veces que no se sabe á donde ir para pasar el tiempo, fuí al Salón Zorrilla.

Cuando entré estaban en la escena en que don Juan cuenta las fechorías que ha llevado á cabo en Italia, y Froilán, que daba risa verle por lo ridículo de su indumentaria, decía á grandes voces:

—«*Enfremos con saco y guante
en el palacio episcopal.*»

El chico de la taberna, que estaba en butacas, y á quien no habían dejado tomar parte en la obra por su defecto físico, exclamó encarándose con el tendero:

—«*Pero mía que eres bruto, Froilán, parece mentir!*...»

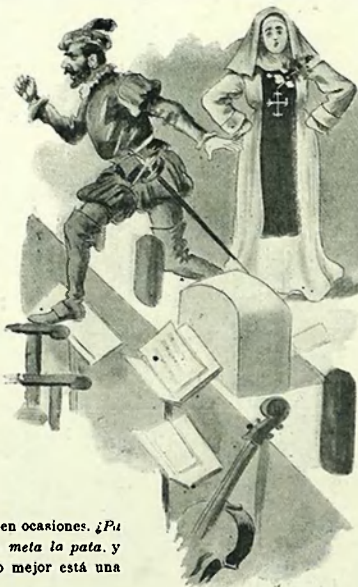
Y aquí terminó el drama en medio de un escándalo espantoso; porque don Juan sin tener en cuenta que un caballero de su rango no puede vengar las ofensas más que en el terreno del honor, saltó del escenario á las butacas por encima de la orquesta, y la emprendió á golpes con Petronilo, dando ocasión con esto á que los espectadores abandonasen el local por lo que pudiera ocurrir.

Y mientras el público, ya en la calle, escandalizaba reclamando el importe de los billetes, á mí, que á duras penas había logrado conducir á Froilán al escenario, doña Inés, que contrastando con el traje de novicia, llevaba sobre el pecho un enorme ramo de flores y se había puesto unos guantes de color marrón, con los que sus manos, que eran bastante grandes, parecían dos bandurrias enfundadas que asomaban por entre las mangas del hábito, me decía puesta en jarras y entornando los ojos:

—«*Luego dicen que una no se presta á ná en ocasiones. ¿Pa qué? ¿Pa que un gachó de estos sinvergüenzas, meta la pata, y le busque á una un compromiso?... Pues pa eso mejor está una en su casa. ¿No le parece á usted?*»

—Naturalmente.

Y mientras á la pobre chica se le saltaban las lágrimas por no haber podido lucir sus facultades artísticas yo me sonreía pensando: «Pero ¿quién habrá metido á esta gente en camisa de once varas?»



DEUSEDIT

MALAGUEÑAS

Todas mis ilusiones
sus alas llevan,
pues apenas las toco
cuando se alejan.

Quise una flor conservar
y se marchitó la planta:
¡una esperanza adoré
y has matado mi esperanza!

Cuando de ti vivo lejos
me hablan de nuestros amores,
me los pájaros y las nubes,
y los vientos y las flores.

NARCISO DIAS DE ESCOBAR

EL MUERTO AL HOYO... por Tovar



1. ¡Qué día tan triste para mí! ¡Con que pena recuerdo a mi pobre cilla Timotea!



2. Hágame usted un ramito y ponga algunas flores que así se bolcen mi pesar.



3. La impaciencia me devora. ¡Cómo me lo agradecería la pobre si existiese!



4. ¡Dios mío, que mujer! Debe ser viuda o cosa así.



5. ¡Ole por las caras de soll! Acepte usted esta pequeña prueba de mi simpatía.



6. —¡Gracias.
—¡Lo juro a usted que este ha sido el día más feliz de mi vida.

UN TENORIO EN PROVINCIAS

Refiriéndome un amigo lo mucho que se había reído con la representación del *Don Juan Tenorio* en el Teatro Moderno de esta Villa y Corte el día 2 del mes de los muertos, como hemos dado en llamar á este Noviembre, aunque debiéramos llamarle mes de Resurrección, puesto que en él resucitan los *Tenorios* en toda España, y el sentimentalismo á plazo fijo, con manifestaciones de bufuelos de viento y borracheras de luto en las costumbres del pueblo madrileño, me trajo á la memoria el saladísimo *Don Juan* que tuve la suerte de ver representarse en un pueblo de una provincia andaluza, hace algunos años.

Porque han de saber ustedes, que según el relato de mi amigo, el *Tenorio* del Teatro Moderno resultó tan rematadamente malo, que el público hubo de temarlo á broma, y en vez de *patear*, optó por aplaudir llegando á tal extremo la *guasa*, que lejos de pedir el fusilamiento de los cómicos, el degüello de un verso era recompensado con aplausos y «bravos» á rabiar, y la mutilación de un cuadro con la salida á escena de los actores.

Vamos; una *juerga*.

Desde el momento que el relato de mi amigo me recordó el *Tenorio* á que me refiero, no hago más que reirme como un tonto sin conseguir que se me vayan de la memoria las peripecias de que fui espectador en aquel teatro de provincias, dignas en verdad del ingenio del más gracioso de nuestros autores festivos, aunque desgraciadamente tan *históricas*, que de haberlas presenciado el gran Zorrilla, tal vez hubiera apelado al suicidio antes que sobrevivir á la afrenta.

No vayan ustedes á creer que se trata de algún pueblecillo de quinientos vecinos. Nada de eso. El pueblo no es tal pueblo, sino una ciudad compuesta de algunos miles de almas, bastante culta y acostumbrada á ver compañías medianas, y por tanto con ciertas pretensiones que la hacen degenerar en cursi.

Pero aquel año no actuaba ninguna; el coliseo amenazaba estar cerrado la noche de Difuntos, y no parecía bien que la población se pasara sin el clásico y tradicional *Don Juan Tenorio*, que por algo son sus habitantes tan españoles como los que más.

Y como á falta de pan buenas son tortas, no faltaron aficionados que se comprometieran á poner en escena el drama de Zorrilla; y una vez organizada la función y ensayada cuanto lo permitió el corto espacio de tiempo disponible, se abrió la taquilla, ofreciendo al público un *Tenorio* tan económico, que no dejaba lugar á exigencias de ninguna clase, ni duda de su calidad.

Que el público estaba penetrado de la modestia de los intérpretes de la obra, lo demuestra el que aguantara tres actos heroicamente, sin que ocurriera otro incidente que las indirectas y cuchufletas de algunos *guasones* sobre ciertas impropiedades del vestuario y decorado, como eran las tizonas de don Juan y don Luis, que ostentaban empuñaduras de metal amarillo, denunciando á la legua su procedencia de regimiento, y la del Comendador que la constituía un sable de guardia municipal. Algunos vestidos eran de percalina hechos en casa, lo cual nada tiene de particular. Pero lo que el público no miró con buenos ojos desde un principio, fué la gorrilla ó birrete del *Tenorio* que disimulaba muy mal su confección de cartón pintado, y cuya forma extravagante hacía reír lo que no es decible, á los espectadores.

Todo hubiera marchado bien sin embargo, si el drama no tuviera más de tres actos. Pero llegó el cuarto—(¡ojalá que no llegara)—y se alzó la cortina. En la escena del sofá acabó Don Juan de convenirse que le tomaban el pelo, y ya muy *cabreado*, se quitó el birrete y lo soltó sobre una silla, por que hasta para decirle ternizas á Doña Inés lo había tenido puesto.

Presentóse el Comendador, y cuando con trágico ademán y blandiendo el sable dijo aquello de

Don Juan, tú eres un cobarde
cuando en la oreas te ves,

se le desprendió de un lado la barba postiza, viéndose obligado á sujetársela con la mano izquierda, mientras con la derecha amenazaba abrirle la cabeza á Tenorio, en tanto que el público se reía de tan buena gana, que daba gusto, porque parecía puesto de acuerdo en que allí había ido á divertirse, y no era cosa de aguar la fiesta con protestas ruidosas.

Don Juan, que como saben ustedes, está de rodillas aguantando el chaparrón de injurias del ofendido padre, se levanta, y empujando el pistólón, le anuncia su próximo fin con los consabidos versos:

Cuando Dios me llame á juicio
tú responderás por mí.

El tiro no sale; pero el Comendador que sin duda estaba deseando quitarse de enmedio, se desploma sobre las tablas. El público se destornilla, mientras Tenorio queda en tal actitud de perplejidad, que da verdadera lástima considerar su situación.

—¿De qué se ha muerto este tío?— parece que pregunta el infeliz don Juan, que no acierta á solucionar el conflicto. —¿Qué hago yo ahora?

Y mientras duda si descerrajarle el tiro allí mismo, en el suelo, á aquel papá político que en tales trances le coloca, Mejía á su espalda, con las manos puestas en la barriga, hace coro al público sin conseguir dominar su hilaridad.

Tenorio lo ve y se decide. Arroja la arma *inofensiva*, y volviéndose becho una fiera, declama con mucho brío la cálebre cuarteta que es la sentencia de muerte de quien semejantes excesos se permite.

I tú insensato
que me llamas sin federo,
si se prueba de tu racia
que eres á cara lo malo.

Intenta sacar el acero, pero éste permanece adherido á la vaina como si fueran una sola pieza.

El mohó ba hecho presa en el hierro y Don Juan hace esfuerzos inauditos sin conseguir su propósito. Después de varios tirones, la hoja queda dentro de la vaina, y el desventurado Don Juan blande en la diestra la empuñadura más pelada que un chino. Entonces pierde la paciencia, y desesperado, loco, arroja con furia aquel lingote de metal, con tan mala suerte, que va á darle en un pie á Don Gonzalo. Se oyen dos berridos simultáneos; uno lanzado por el padre de Doña Inés al sentir las quejas de algún callo agradecido, y otro de Mejía que acaba de recibir un patatazo en un ojo. Entonces éste que con razón no cree que la patata fuera destinada á él, y mal aconsejado por lo del ojo, que en un momento había dejado de serlo para convertirse en una ostra á medio abrir, tira de la espada, y arremete contra el desdichado Don Juan, que en aquel instante mira estupefacto incorporarse al Comendador, en el cual adivina no muy buenas intenciones. Y comprendiendo que la cosa va de veras y que debe tomar la comedia en serio, determina poner en práctica la huida; y sin aguardar más que el primer cintarazo de don Luis, va á arrojarle por el balcón seguido de los dos presuntos *interfectos*.

La escena queda desierta; pero el telón permanece levantado, mientras los espectadores, enfermos de hilaridad, no tienen ya fuerzas para agitarse en sus asientos.

—Creerán ustedes que la broma no pasaría adelante, que se suspendería el espectáculo, ó que se procuraría solucionar el conflicto reconstituyendo la escena de aquel desgraciado acto; algo en fin, propio del caso y de las circunstancias?

Pues no señor, que todavía quedaba el rabo por desollar, y como el escenario había quedado abandonado, y los actores eran personas de conciencia iracundas de quitar al público lo que es suyo, no habían querido suprimir como es costumbre, la escena de los alguaciles.

Así es que éstos aparecieron incontinenti, y para final de fiesta, pudimos escuchar que con la mayor frescura exclamaba el corchete á quien correspondía hablar.

—¡Por aquí ha sonado el tiro!...

Mientras que un chusco le gritaba desde lo alto del gallinero:

—¡Dios te conserve el oído!



M. MILLÁN Y VÁZQUEZ



Ayuntamiento de Madrid
P. Salinas. DESPUES DEL TEATRO



HOY

El día amaneció: tristes las aves
 En bandadas dejando iban sus nidos
 Y en lugar de cantar cual otros días,
 Amores y alegrías,
 Pidiendo quejumbrosas, se posaban
 Al rededor del triste cementerio,
 Y cantaron, más tarde, allí reunidas;
 Más hoy eran sus cantos.
 De pena de agonía
 Eran cantos plegarias que llorando
 Unidas, se elevaban en concierto,
 Eran plegarias que hacía el cielo santo
 El vuelo remontaban suplicando
 Compasión al Señor para los muertos.
 Eran plegarias, sí, pero tan tristes
 Que á los ríos y fuentes conmovieron
 Y los ríos, y fuentes prorrumpieron
 En lúgubres gemidos,
 Y lloraron, lloraron, más tan fuerte
 que á las flores sus llantos despertaron;
 Las flores, de las aves escucharon
 Las lúgubres canciones,
 Y ante su deo triste
 Se cerraban, se abrían
 Y al abrirse perfumes emitían,
 Sus cálices de lágrimas llenaban
 Que cual todos la flor también sentía,
 Que cual todos la flor también lloraba.
 Y fué su pena tanta, tanto el llanto
 Que vertieron sus hojas, que al besarias
 El céfiro, su seno
 De lágrimas se hinchó, y ante las súplicas
 De las flores, las lágrimas dió al viento,
 Y le indicó que á Dios se las llevara,
 Más ¡ah! pesaban tanto,
 Que la nube formada desgarróse
 Y por el mundo todo se esparcieron
 Y entre sus blandos brazos,
 Al mundo rodearon é impidieron,
 que pasaran del sol, los igneos rayos.
 Y el hombre al despertarse miró al cielo
 Y al cielo vió de luto revestido;
 Bajó la vista, y al mirar al suelo
 Al suelo vió lloroso y compungido,
 De la natura entera oyó los trenos,
 Oyó del orbe todas las plegarias,
 Y secando de sus ojos, y á las lágrimas
 Que se agolpaban al beso del recuerdo
 Sus sálidos unió á los del ave,
 De los ríos y fuentes, de las flores.
 Y arrodillado al pie de los crespones,
 Con que luego engalanó las sepulturas,
 Elevó á las alturas,
 Suplicando piedad, sus oraciones.

L. FRAU MARSA

UNA... PERDIDA

El viento se había hecho flautista trashumante. En los copudos álamos del camino empezó a silbar como al descuido, una grotesca sinfonía en colatración con los gorrones, se entretuvo luego con algunos motivos del *Dies ire* en las rejas del cementerio, y por fin, vino a modular con verdadero ensañamiento funeral una tristísima salmodía, allá al final del camposanto, en el último tramo, donde se encierra a los pobres.

Como temblaban de frío aquellas estantiguas vestidas de perfecta etiqueta en el rostro, al terminar su faena de conducir un muerto á la fosa, así parecían temblar á impulsos del cierzo los aflados cipreses, imponiéndose mutuamente silencio con el siseo de sus menudas ramas.

Tan fría era aquella tarde que los escasos acompañantes del muerto, se hacían cruces al contemplar como sorteaba las avenidas llenas de hojas secas, una... señorita vestida de ligera muselina y calzada con menudos chapines de raso.

¡Vaya un humor! Ni que fuera á darse allí un baile con motivo del entierro de aquel bobemio, muerto por la crápula y la tuberculosis en amistosa colaboración.

Uno á uno y en amena plática filosófico-cursi, tema obligado de estas clases de giras, todos se fueron, todos hasta el sepulturero, espantable figura cuyo pañuelo liado á la cabeza le daba el aspecto exicto de un convaleciente que ha salido del hospital.

Como un nuevo vapor del crepúsculo, que caía lentamente sobre el paisaje, allí, al pie de aquella fosa recién cerrada, quedaba en meditabunda actitud la niña vestida de baile. No podría decirse si rezaba. Tal vez hablaba con el muerto. Permanecía muda, contemplativa, la retina inmóvil en la tierra, los brazos caídos y el chal arrollado á la altura del talle. Parecía á Ofelia deshojando su corona, ella que hacía tanto tiempo la había deshojado. Después se marchó lentamente, pisando menudito y arrancando maquinalmente ramitos á los arbustos del camino. Pasó por el lado del duelo, secándose las lágrimas cuajadas en las puntitas de los párpados.

De la parte de fuera del pórtico aun estaban en animada conversación los amigos del muerto. Se hablaba de mujeres, de teatros, de todo, en fin, menos de aquel desdichado que había tenido el mal gusto de morirse á los veinticinco años.

Por delante del corro pasó ella encefando sus menudos pies y sonriendo á los más curiosos. Llevaba en la mano algunas flores mezquinas, flores de tumba pobre, y aunque se resguardaba con el pañuelito, podían verse sus manitas amoratadas por el frío y sus ojos enrojecidos.

—¿Y esa?... ¿Quién es esa?...—preguntó uno.

—¿Esa? Una... perdida.

Pero eran suyas las únicas lágrimas vertidas por el muerto.



JACQUES SANZ

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS



EL RECUERDO DE LOS HUMILDES

Por más que sea una fecha enteramente convencional, no está de más que se haya fijado un día siquiera, en todo el espacio de un año, para recordar á los que fueron. De otra suerte, sería muy fácil que muchísimos no se acordasen de que se les hubiese muerto nadie. Para estos, pues, principalmente reza la solemnidad instituida por la Iglesia ya que, por fortuna, hay también quienes sin necesidad de recuerdos oficiales tienen constantemente presentes á los seres queridos que desaparecieron de la vida dejando en pos de sí las más tiernas remembranzas. Padres que lloran á sus hijos, hijos que lloran á sus padres, hermanos y hermanas que recuerdan con melancólica dulzura á los suyos; amantes que conservan la religión de la fidelidad aún más allá de la tumba.



Nada más triste que esas melancólicas tardes de otoño en las que el sol abriéndose paso á través de los girones de nubes agrupadas en el espacio, alumbraba con sus moribundos rayos las cimas de las montañas, y en las que el viento, con su frío bálito, arrastra por el suelo las hojas amarillentas de los árboles que de sus ramas se desprenden, sepul-tándolas entre oleadas de polvo, en el augusto seno de la

naturaleza. Al espirar una de esas tardes, que para los seres sensibles en su misma tristeza encie-rران inagotable venero de poesía, una dama rigurosamente enlutada bajó de un lujoso carruaje en la puerta de la sacramental de San Justo. Acompañábala una joven que, al parecer, debía ser su donce-lla, la cual llevaba en una enorme caja de cartón una corona. Era la víspera de Todos los Santos, y en el cementerio notábase inusitado movimiento, precursor de la fúnebre festividad, con que anualmente conmemora la Iglesia la triste fecha de los que fueron. Por todas partes veíanse gentes ocupadas en adornar las tumbas, con lámparas y flores. Algunos de estos tributos eran hijos del amor verdadero y del carito filial; pero la generalidad ¡triste es confesarlo! más que manifestaciones religiosas del sentimiento cristiano, eran pomposos alardes de la vanidad, que no perdona medios para manifestarse, en todos los episodios de la vida. Veíanse en muchas tumbas profusión de flores, pero muy pocas lágrimas.

Seguida de su doncella, la dama enlutada atravesó el patio principal del fúnebre recinto; internóse en una de las galerías y penetrando en otro patio dirigióse á una tumba de mármol que resguardada del sol por melancólicos cipreses y defendida de los visitantes por dorada verja de hierro se destacaba en el centro del mismo. Era la de su esposo. La dama frizaba en los cuarenta años y hacía pocos meses que había enviudado. Rica de bienes, aunque pobre de belleza, por conveniencias de familia había unido su suerte á la de un hombre mucho más joven que ella con el cual había vivido completamente feliz y segura de que había sido amada. El joven había brillado mucho en el mundo por su posición política y su talento, y la dama, que lo rendía verdadera admiración, estaba orgullosa de llevar su nombre.

Modesta, á pesar de su cuantiosa fortuna, creíase inferior á su esposo, al que hubiese disculpado cualquier falta por lo mucho que le quería.

Embebecida en el recuerdo de su pasada dicha, iba la viuda á adornar con una magnífica corona de pensamientos la tumba de su marido, cuando al llegar á ésta no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa. Sobre la piedra mortuoria vió un ramo de siemprevivas, que una mujer joven, también enlutada, acababa de depositar, no sin haberlo bañado antes con sus lágrimas. En el momento de aproximarse la dama, la desconocida se levantaba del suelo, donde postrada había orado. Aquella mujer fué para la viuda una revelación.

Por lo visto, en el mundo no había gozado ella sola del amor de su esposo. Otra mujer lo había compartido. Las dos damas al seguir en dirección distinta cruzaron sus miradas. La pobre viuda sintió en el corazón un rudo golpe, como si le hubiesen clavado un acerado puñal.

Quedóse pálida ó inmóvil, y estuvo á punto de dar con su cuerpo en tierra.

Por fortuna, la doncella acaudó en su auxilio. Pasada la primera impresión que aquel inspirado encuentro le había causado, el amor pudo en su lastimado corazón más que el odio. A la esposa ultrajada sucedió la mujer amante, y con la abnegación propia de las almas grandes, que saben verdaderamente amar, postróse bañada en llanto sobre la tumba de su esposo, y confesando entre sollozos el triunfo de su rival, no dejó de exclamar, dirigiéndose al objeto de su adoración:

—Te perdono, ¡es muy hermosa!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

(Dibujos de F. Sánchez Covisa)



TU MIRADA

Era yo muy pequeño todavía
cuando cierta mañana
contemplando un retrato de mi padre
con mi madre me hallaba,
y al fijarme en los ojos del retrato
y en su alegre mirada,
no pude reprimir una pregunta
que mi pecho asaltaba,
y á mi madre le dije: ¿en qué consiste
que siempre que tú hablas
con el papá, la pena ó la alegría
en sus ojos se marca?
Y mi madre al instante, cariñosa
á pregunta tan rara,

me contestó diciendo: «en que los ojos
son espejo del alma.»
Han pasado los años y han variado
también las circunstancias.
Tiempo ha murió mi padre, y yo te adoro
con ilusión extraña,
pero siempre que cruzas con la mía
esa triste mirada
y en tus oscuros ojos retratado
me contemplo con ansia,
recuerdo lo que en tiempos muy lejanos
mi madre me enseñara,
y digo fuertemente impresionado:
«¡qué triste está tu alma!»

JOSÉ M.^a MARTELL

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comedia, por P. de Molenes.

Drama de amor, por F. Soulié.

Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.

La justiciara de sí misma, por Carlos Barahá.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Teresita, por Julio Ruiz Montero.

El Capitán Burt, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Naida Nicoulin, por E. Zola.

El sillon fatal, por Pedro Niewski.

Un crimen infame, por E. Murger.

Noche trágica, por E. Daudet.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 65, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Serano, 14.

EL ARBOL MAYOR DEL MUNDO

Por rara casualidad no se halla este coloso arbóreo en los Estados Unidos, sino en Méjico, Estado de Oajaca, no lejos de las famosas ruinas de Mitla. Es un ciprés cuya circunferencia, á dos metros del suelo, es de 472 metros. Se calcula que tiene mil años, pero no hay recuerdo alguno en relación con él.

JEROGLIFICO, por Novejarque



Digan lo que quieran, déjales decir: como caellicida el LADIVONSIM.

TRIÁNGULO

con dos peces acrósticos y un tono montanoso

Sustituir los asteriscos y puntos por letras para que se lea

HORIZONTALMENTE:

- 1.ª—Letra numeral.
- 2.ª—Preposición inseparable.
- 3.ª—Rio el más caudaloso de Suiza después del Rhin y del Ródano.
- 4.ª—El mundo.
- 5.ª—Tiempo de verbo.
- 6.ª—Pez marino.

VERTICALMENTE:

- 1.ª—Punto cardinal.
 - 2.ª—Caso oblicuo de un pronombre.
 - 3.ª—Tiempo de otro verbo.
 - 4.ª—Verbo, labrar.
 - 5.ª—Otro verbo, conocer ó tener noticia de alguna cosa.
 - 6.ª—Otro pez comestible y común en los mares de España.
- leyendo las líneas horizontal y vertical de asteriscos ó sean los nombres de los dos peces resulta el nombre de una gran cordillera de España.

NOVEJARQUE

Se ha inaugurado en Romainville, pueblecito de los alrededores de París, un monumentillo en honor á Paul de Kock, que no sabemos que méritos tuvo nunca para alcanzar semejante distinción. No basta, en efecto, que fuese el autor predilecto del Papa Gregorio XVI y que hiciese las delicias del general Martínez Campos; algo más se requiere para hombrarse con los autores estatuidos.

Ese monumento, á la verdad, pa-

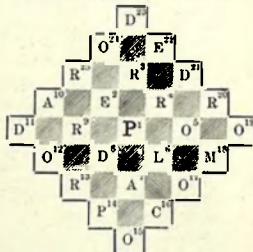
rece como el eco del banquete á Garibaldi.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Charadita gráfica.—Flamenco. Marcha del Alfil.—



Empezando por la casilla del centro y siguiendo la numeración se verá que se lee:

Perro ladrador poco mordedor

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Miralo Bad—Una de las cosas que me hacen más insufrible y odioso, entre otras, es mi manía de no aceptar jamás versos amatorios en romance y apóstrofes.

Rio Greco de Kammur—Si articulo está bien, en cuanto á la forma, pero resultaría poco interesante para la generalidad.

R. M. M.—Si, señor, á usted me refería, como autor del *Idilio*. Y dicho está, ya le aconsejaría á usted que prefiriese escribir en catalán, pues lo hace mucho mejor que en castellano, y por de contado se gana más simpatía.

M. A. B.—Madrid.—Escribiendo versos como estos:
¡Días hermosos de estilo
que velos habéis pasado!
Ya no escucho el pio pio
con que alegraba el oído
el palomo enamorado.

creame usted, no se va á ninguna parte, y se corre peligro de que protesten las sociedades colombólicas.

F. S. C.—Avilés.—Exactamente; se trataba de su romance.

H. A. F. de C.—Vos, decididamente, no compusisteis *franco español* no tiene para mí *des pida ni fete*. Con todo, pueves vos ensayar este género absolutamente *vérges*, que podríais intitular *bobitones*.

A. Córdoba—Muy buenas y muy de agradecer son las reformas que usted indica, pero el caso es que hay muchos que proponen otras enteramente contrarias, de manera que uno se encuentra sin saber á que santo quedarse. En cuanto á los autores á que hace referencia hay que tener en cuenta que la mayoría escriben en verso, siendo imposible dar idea de sus poesías en su traducción.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

EN LA ADMINISTRACIÓN TIPOGRÁFICA EDITORIAL "LA TRINCA", PLAZA DE TETUÁN, 65.-BARCELONA

CUENTO BATURRO por Gascón



—Chituelo, pero vamos a las fiestas del Pilar, ¿o qué?

—Güeno catoy yo un festao, este es todo mi capital, una jota.

—Pero yo no tengo un céntimo, pero podemos llevar un tonello de aguardiente de ese güeno que tenemos, lo vendemos y aun nos sobrará pa el gasto.



—Pues mira: ha caído muy bien pensao ¡Rediez! Si discuerres, ¿sabes que nos va a salir el viaje por una triotera? Por supuesto que no lo himos de catar por el camino.

—Pues claro, hombre, ni prebalo.



—Ya habremos andao cuatro horas, ¿verda? ¡Redios y como sudo! Cae, cae, me podías dar una copita de aguardiente.

—El traío ha sido que no himos de beber.

—Pero sí te lo pago... ahí tiene la perra.

—Si lo himas... corriendo.



—Yo también voy teniendo sed, me voy a cchar otra copita.

—Ya antes que lo himos que pagar.

—Pus no feltaba más, ahí va la perra.



—¡Rediez! Doce horas de camineo, ¿a nuestra edad, es mucho andar, acba, acba, otra copita.

—¿Que no se te olvida de pagar, ech?

—No, hombre, toma la perra.



Y copa va copa viene, se encontraron nuestros baturros a las puertas de Zaragoza con el tonel vacío y sin más recursos que la manotada perrilla.